

Actualidades

PASTEUR

Con motivo de la celebración del primer centenario del nacimiento de Pasteur, célebre químico y creador de la bacteriología, la Revista se adhiere a las universales muestras de admiración hacia él, dedicando el presente número a su memoria.

¡Pobre, pero sincera ofrenda!

Creemos que en la paz del laboratorio y en el sereno recinto del aula el justo reconocimiento por la obra que esa maravillosa inteligencia nos ha legado, es el mejor culto, el mejor homenaje que pueda rendirse a su inmortalidad.

Más la expresión pública de ese homenaje se imponía y es así que la Comisión Directiva de nuestro Centro solicitó al doctor Lucien Hauman Merck, que con su palabra lo representara en el acto organizado por la Facultad, acto realizado el 1.º de Junio en el aula Wenceslao Escalante.

Y nosotros hemos pensado que nada mejor podíamos incluir en nuestras páginas que los sabios párrafos de tan digno profesor a más de los muy elocuentes, que, en nombre de la Facultad pronunció el doctor Leopoldo Giusti.

Resumen del discurso pronunciado por el Dr. Leopoldo Giusti

Comenzó agradeciendo al señor Decano, el honor que le había conferido, al designarlo para que pronunciara unas palabras, en ese acto conmemorativo y que gustoso aceptaba esa misión, porque siempre sintió una intensa admiración por la obra genial de Pasteur.

Agregó, que no siendo posible contener en los límites de un discurso toda la labor científica realizada por ese glorioso sabio, se contentaría a esbozar los principales descubrimientos y rasgos destacados de carácter, del tenaz investigador que nunca se desalentó por los fracasos del laboratorio y de la malevolencia de sus numerosos adversarios.

Hizo una descripción muy ordenada y sintética, de los trabajos verificados sobre los cristales del ácido racémico, disimetría molecular, la pebrina de los gusanos de seda, la generación espontánea, las levaduras, las enfermedades del vinagre, del vino y de la cerveza, los métodos de pasteurización para mantener la pureza de los productos orgánicos, el triunfo de la asepsia y antisepsia, la atenuación de los microbios, la fabricación de las vacunas contra el Cólera de las gallinas, el Carbunco, Mal Rojo del cerdo y la Rabia.

Dijo, que una verdadera emoción de gratitud se experimenta al contemplar tantos hechos acumulados y conquistas obtenidas y que el mundo entero quedó tributario de sus estudios, mereciendo Pasteur, el justo nombre de Benefactor de la humanidad.

Trátase de un eximio representante de la ciencia universal — dijo — pues no se limitó solamente a amparar la salud de los hombres sino también, de proteger su riqueza, resolviendo magistralmente importantes problemas biológicos e industriales.

Fué a raíz del estupendo y sensacional descubrimiento contra la rabia que se construyó en París — por subscripción internacional — un gran Laboratorio: EL INSTITUTO PASTEUR, destinado al estudio de enfermedades infecciosas y a investigaciones de alto vuelo científico.

En ese majestuoso edificio, continuó el inmortal maestro, trabajando como simple obrero, despreocupado de su gloria y formó eminentes discípulos que con nuevos triunfos coronaron su magna obra.

El Dr. Giusti mencionó luego las cualidades morales de esa destacada personalidad y para resumir mejor la grandeza, bondad y modestia de tan fecunda y ejemplar vida; citó algunos pensamientos y conceptos expresados por el mismo Pasteur.

Refirió luego, los últimos años de esa preciosa vida, consagrada al bien y a la humanidad; describió el jubileo y la apoteosis, y la cripta del Instituto Pasteur, de París, donde están sepultados los restos mortales de Pasteur.

Finalizó la disertación, diciendo que la Facultad de Agronomía y Veterinaria se adhería al centenario del nacimiento de Pasteur, denominando con su ilustre nombre, a uno de sus Laboratorios y espera, de los que en él estudien, que aporten su concurso con todo entusiasmo, estimulados por la obra heroica y gloriosa del sabio, sirviendo así, al alto pensamiento que la inspira y a la patriótica orientación que la señala.

Discurso del Sr. Ing. Lucien Hauman

El Centro de Estudiantes de Agronomía y Veterinaria me había pedido una conferencia sobre la vida y la obra de Pasteur; se decidió después, reunir el homenaje oficial de la Facultad y el más modesto que habían proyectado sus alumnos, pero se pensó que algo de-

bía subsistir del proyecto de estos últimos: ahí está la razón de mi inesperada intervención en esta ceremonia, donde traigo, pues, el respetuoso saludo de nuestros estudiantes a la memoria del ilustre sabio.

No es el lugar ni la hora de estudiar la larga serie de descubrimientos que hacen de la vida de Pasteur, la más instructiva, la más variada y la más conmovedora de las novelas; pero pienso poder, sin abusar de vuestra paciencia, comentar brevemente, algunas características de su obra y de su gloria.

Esta última es realmente extraordinaria. En 1892, cuando en el jubileo de sus setenta años el viejo maestro entraba del brazo del presidente de la república, en el gran anfiteatro de la Sorbona, donde le aclamaron los representantes de los gobiernos, de las academias y universidades del mundo entero, pudo decirse que Pasteur había entrado vivo en la inmortalidad. Han pasado treinta años y la fama del creador de la bacteriología no hizo sino aumentar, tomando un carácter universal y verdaderamente popular. Y es así, que vemos tan lejos de su patria, celebrarse el centenario de su nacimiento en innumerables manifestaciones que toman, casi, el carácter de una gran fiesta nacional. Es un hermoso espectáculo y poco común: todos sabemos que las grandes popularidades las conquistan más bien guerreros victoriosos u hombres políticos, cuando no tenores o simples atletas, y muy pocas veces verdaderos intelectuales, creadores del arte o de la ciencia, y así debe ser, porque es lógico y normal que así sea. Sin embargo, Pasteur no sólo es el sabio más universalmente conocido, pero puede decirse que lo es tanto como, verbigracia, Napoleón: la imaginación popular ve en él, el sabio por excelencia, la personificación misma de la ciencia, y, gloria suprema tal vez, desde veinte años ya, su nombre y su obra sirven de pretexto para vertir banalidades sobre la ciencia y sobre los sabios. Sin embargo, hubo en el siglo pasado, en Francia y fuera de Francia, sabios tan grandes como él, y tal vez algunos espíritus que pueden considerarse más geniales todavía. Esta innegable popularidad es un fenómeno de psicología colectiva, del cual resulte quizá, interesante buscar las causas.

¿Cuáles son, en efecto, las características de la obra pasteriana? Desde luego, su novedad. Pasteur es un incomparable creador de verdades inesperadas, de verdades revolucionarias, y la historia de sus continuas y apasionadas discusiones con sus colegas no es la parte menos interesante de su biografía. No sé otro ejemplo de un hombre que haya creado por sí solo, puede decirse, toda una ciencia. Cuando el estudio del poder rotatorio llevó Pasteur a estudiar, en 1855, la acción de los seres microscópicos sobre ciertas sustancias orgánicas, de nuestra actual microbiología, no existía nada, ni la palabra microbio siquiera, creada mucho más tarde; y cuando, cuarenta años después, desaparecía el sabio, estudiadas de manera definitiva las fermentaciones: láctica, butírica, alcohólica, acética, úrica y amoniacal, liquidado el secular problema de las generaciones espontáneas, establecida la naturaleza microbiana de las alteraciones de los vinos, de las enfermedades de los gusanos de seda, del cólera de las gallinas, del carbunelo, de las septicemias, descubiertas la exaltación y la ate-

nuación de la virulencia, con su corolario, la vacuna anticarbuncosa, y — coronación casi milagrosa de esta obra inmensa — resuelto el problema de la rabia con su virus invisible y filtrable, nada esencial faltaba; sobre todo, si se piensa que en ese año mismo, su discípulo Roux, descubría la toxina diftérica, y que Winogratsky estaba despejando por los métodos pastorianos, el viejo misterio de la nitrificación; cuarenta años después, digo, nada esencial faltaba a la microbiología tal como la concebimos hoy con sus dos grandes divisiones, la que estudia los fermentos, la que estudia las enfermedades infecciosas. Como la Minerva antigua del cráneo de Júpiter, la Microbiología había nacido adulta y en armas del cerebro de Pasteur.

El agregado de semejante territorio al saber humano debía tener forzosamente una profunda resonancia, pero si pensamos a las múltiples, constantes y universales intervenciones en los fenómenos de la vida en general y en la del hombre en particular, de estos microorganismos tan poderosos, invisibles, misteriosos y antes completamente ignorados, nos daremos cuenta que la fama de su descubreidor debía salir pronto de las esferas puramente intelectuales y alcanzar al gran público.

Debemos mencionar ahora el carácter estrictamente experimental de la obra que estudiamos: Claude Bernard escribió su famosa Introducción a la Medicina Experimental, biblia de los que trabajan en los laboratorios, pero ninguna carrera científica puede servir más elocuentemente que la que nos ocupa, de demostración a los grandes principios de determinismo y de rigor experimental, que dominan la ciencia moderna. Todos y cada uno de sus trabajos podrían citarse como ejemplo, pero más que todo, tal vez, esta admirable serie de experimentos sobre la generación espontánea, después de los cuales Pasteur se encontraba completamente dueño de su método, y listo para las grandes conquistas de los años siguientes.

Ningún sistema complicado, ausencia de teorías y de generalizaciones anticipadas, — como hipótesis, únicamente las indispensables a la concepción del próximo experimento — y, tranquilamente, sin fraseología, en comunicaciones cortas y contundentes, se acumulaba la estupenda cosecha de hechos nuevos. Al inflexible rigor de sus experimentos, al constante y severísimo control que mantenía sobre su propia imaginación, sin permitir nunca a sus deducciones alejarse de los hechos establecidos y comprobados, debe Pasteur de no haberse equivocado casi nunca y de haber siempre descubierto él mismo y muy pronto, sus propias equivocaciones; y son estas cualidades que dieron a su obra su admirable solidez; fuera de algunos detalles, nada envejeció en ella, y esto nos explica que la ciencia del mundo entero le pueda rendir hoy el mismo tributo de admiración que hace treinta años.

Llego a la característica más curiosa de la obra de nuestro héroe: su utilidad. Y cuando digo utilidad, no me refiero a esa fecundidad que con el tiempo tienen todos los grandes descubrimientos — me refiero a la utilidad práctica inmediata de casi todos sus trabajos. Aquí tocamos a particularidades muy notables, aunque secundarias,

del espíritu del maestro: por una parte su cariñoso interés para las industrias y su gran consideración para los intereses industriales, que tal vez le había inspirado desde su niñez el oficio de su padre que era curtidor — y, por otra parte, un incansable deseo de ser útil, de *prestar servicio* a sus conocidos, a su país, a la humanidad. Ardiente patriota en el mejor sentido de la palabra, todo lo tomaba en serio, y creo que nunca se habrá producido un hombre de genio tan desprovisto de escepticismo, tan respetuoso de lo que respeta, o hace las veces de respetar, la burguesía media de todos los países. Y esto nos permite comprender que tan a menudo la dirección de sus estudios le haya sido indicada por un ministro — felices los ministros que encuentran semejantes colaboradores — o por industriales, y especialmente después de la guerra del 70, inspirada por el deseo de contribuir a la prosperidad o a la gloria de su país.

Lo admirable es, que por eso, no tenía que sacrificar a la ciencia que, sin embargo, amaba más que todo: en el continente desconocido hasta el corazón del cual había llegado por sus primeras investigaciones sobre fermentos, todo quedaba por explorar, todas las direcciones resultaban fecundas, y la ciencia nueva que iba creando era tan necesaria que cada paso adelante traía la posibilidad de aplicaciones utilitarias que el sabio, por genio auténtico que debía sentirse, no despreciaba y estudiaba desinteresadamente. Es así que dió sus consejos a los fabricantes de ácido tartárico y de vinagre, que a pedido de industriales u hombres políticos, inició sus estudios sobre levaduras, que resolvió los problemas de las alteraciones de los vinos y de la mortandad de los gusanos de seda, salvando ingentes intereses, y más tarde, estudió la cerveza y el carbunco. Y cabe preguntarse si al final de su carrera, cuando entre tantas enfermedades terribles, el tífus, la tuberculosis, la sífilis, eligió la rabia, una de las menos importantes en realidad, pero de gran prestigio popular, no fué con el deseo, inconsciente quizás, de dar un golpe sensacional que levantara el prestigio de Francia después de la derrota.

No insisto sobre todo esto, tan claro y tan conocido, pero recordaré una vez más porque les tengo un especial cariño, los trabajos sobre la generación espontánea, que, obligándole a estudiar la distribución de los microorganismos en el aire, en las aguas y sobre los objetos que nos rodean, tuvieron las portentosas aplicaciones que cada cual conoce sobre la técnica microbiana en aquel entonces en pañales, sobre la higiene y sobre la cirugía. En estos tiempos de utilitarismo a corta vista, de prédica para la enseñanza práctica a todo trance, hasta en las universidades, focos de donde, sin embargo, debe salir la ciencia del porvenir, me complazco en insistir — y a Pasteur seguramente le hubiera gustado — en insistir digo, sobre el hecho que estas investigaciones, tan alejadas de todo fin práctico que sus coetáneos veían en ellas, sobre todo, un interés filosófico y religioso, resultaron a todas luces las más fecundas para el bienestar de la humanidad.

Evidentemente, y decirlo no es disminuir su grandeza, Pasteur no es uno de estos aristócratas de la inteligencia, que viven en la to-

rre de marfil de sus ensueños y no responden sino a las inspiraciones de su genio; recordando tal vez sus orígenes modestos, él se sintió siempre de su país y de su tiempo, comprendía y amaba al pueblo del cual había salido, y las masas populares que sin embargo conocen muy mal su obra, en el mundo entero le retribuyen su amor.

De la vida del héroe del pensamiento que celebramos hoy, no sólo puede sacarse admirables lecciones de ciencia y de método, pero también fecundas enseñanzas morales y cívicas. Profundamente preocupado hasta en sus últimos días de estas nobles cuestiones de enseñanzas y de educación, Pasteur decía a los estudiantes que asistían al jubileo de sus setenta años: "Jóvenes, confíaos en esos métodos seguros, poderosos, de los que aun sólo conocemos los primeros secretos. Y todos, cualquiera sea vuestra carrera no os dejéis alcanzar por el pesimismo denigrante y estéril. Vivid en la paz serena de los laboratorios y de las bibliotecas. Pensad ante todo: ¿Qué hice yo para mi instrucción? Y luego, a medida que adelantáis, decíos: ¿Qué hice para mi patria? hasta el momento en que tendréis quizá, la felicidad inmensa de pensar que habéis contribuído en algo al bienestar y al progreso de la humanidad. Pero sean los esfuerzos más o menos favorecidos por la vida, es preciso que os podáis decir al aproximarnos del fin: "Hice todo cuanto pude".

Meditad, jóvenes, la palabra del viejo maestro, que el ejemplo de su vida, que tenéis, merced a vuestra ilustración, la suerte de poder comprender a fondo, os sea siempre presente al espíritu, y quedad convencidos que todos y cada uno de los que tuvimos el honor de pasar por las aulas universitarias, cualesquieran sean vuestras fuerzas y la esfera donde actuamos, podemos y debemos ser útiles, prestar servicio a nuestro país, y contribuir, si es posible, al progreso del saber humano.
